

EL DOCTOR GORRILLA.

EL DOCTOR GORRILLA

SIEMPRE EN SU FARMACIA,

ó

NADIE SE MUERE HASTA QUE GORRILLA QUIERE,

CARICATURA BUFO-FARMACÉUTICA,
LÍRICO-BAILABLE-CIENTÍFICO-ESPECIFICATRIZ, ó SEA BATURRILLO
EN VERSO Y PROSA,

ORIGINAL DE

DON ANGEL MARIA SEGOVIA.

Estrenada con el más extraordinario éxito en el Teatro de la ALHAMBRA
en la noche del 10 de Octubre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ESCOLÁSTICA	D.ª EUGENIA GALLEGO.
DOÑA SOL	SRTA. JOVITA S. DEL VALLE.
ROSARIO	CLOTILDE NIETO.
DOÑA NERVIOS	CONCHA NIETO.
MICHE	ÁNGELA ROCH.
EL DOCTOR GORRILLA	D. ÁNGEL MARÍA SEGOVIA.
SABANDIJA	PEDRO MARÍA ÁLVAREZ.
DON TIROIDES	ENRIQUE LUNA.
DON METACARPIO	ANTONIO MAZARREDO.
UN PALETO	EMILIO CARRERAS.
Hombres y mujeres del pueblo.	

La accíon en Madrid.—Época actual.

DEDICATORIA.

Á la noble y benemérita clase médico-farmacéutica, y á todos los estudiantes de ambas facultades de España, y muy especialmente á los de Madrid.

Señores: Hay un farmacéutico, deshonra de la facultad, que está escandalizando la prensa con sus ridículos anuncios á modo de sacamuelas ambulante. Ha hecho de su noble profesion un *modus vivendi* para sorprender á los incautos que de buena fe creen lo que ven escrito en letras de molde.

Por más que el asunto en su fondo es grave, porque no sólo reporta el perjuicio del insulto á toda la facultad, sino á los enfermos infelices que acuden á él para morir más pronto, las formas que emplea son harto ridículas para combatirle en sério.

Por esta razon, y con el fin de desenmascararle y presentarle al público tal cual es, y prevenirle contra sus engaños, exhibo en esta forma su retrato, que sólo creerá exagerado el que no conozca el original.

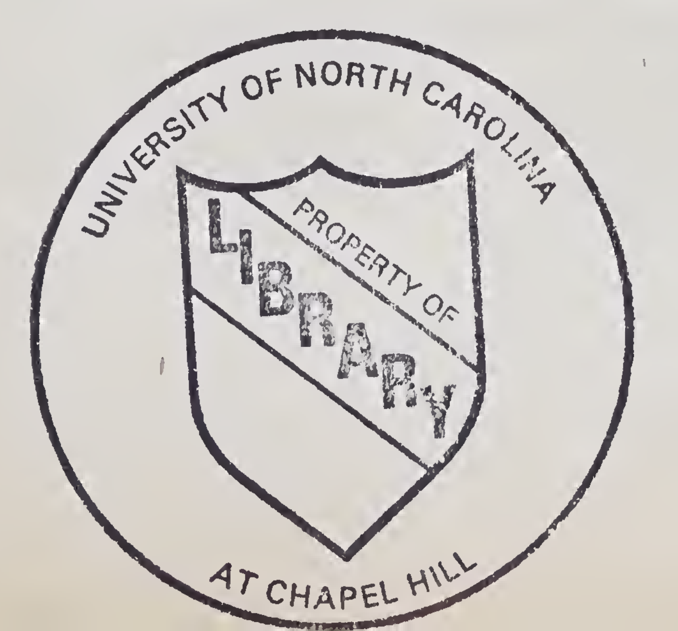
El aplauso con que el público ha recibido esta obra es la mejor protesta contra ese embaucador.

Mi objeto no es otro que estirpar de raiz ese cáncer de la facultad; esa berruga farmacéutica, escándalo y vergüenza del gremio.

Hasta el último rincon de España han llegado sus anuncios; para evitar los perjuicios que puedan ocasionar entre los crédulos, llegue tambien hasta la última aldea esta caricatura que le desenmascára.

Á esto tienden mis esfuerzos, y para conseguirlo solicito el concurso de toda la clase médico-farmacéutica de España

El Autor.



ACTO ÚNICO.

Decoracion de calle á todo foro, con entradas y salidas laterales. Al fondo y sobre la puerta, un letrero que dice: DR. GORRILLA, BURRO, 6. Á un lado, casi enfrente, las puertas de un café.

ESCENA PRIMERA.

ROSARIO, DOÑA NERVIOS, SABANDIJA y GENTE DEL PUEBLO, á la puerta de la casa. D. TIROIDES y D. METACARPIO en primer término.

ROS. ¡Que viva el sabio doctor!
TODOS. (Menos Metacarpio y Tiroides.) ¡Viva! ¡Viva!
SAB. ¡Viva el héroe de la medicina!
TODOS. ¡Viva!
TIR. ¡Oh ignorancia popular!
MET. ¡Oh degradacion de la ciencia!
TIR. ¿Ha visto usted, don Metacarpio?
MET. ¡Admirado estoy, doctor Tiroides!
TIR. El mundo es una farsa.
MET. Y nuestra ciencia puesta en ridículo, es un sainete.
TIR. Sí señor; un sainete, en el que el doctor Gorrilla hace el papel principal.
MET ¡Qué cinismo de hombre!
TIR. ¡Qué descaro!

MET. ¡Qué público!
TIR. ¡Qué prensa!
MET. ¡Qué anuncios!
TIR. ¡Qué versos!
MET. ¡Oh! El verdadero hombre de ciencia, el verdadero sabio muere ignorado de todos...
TIR. Sí señor; como yo.
MET. Y como yo.
TIR. ¡Es que yo soy uno de los médicos más grandes!
MET. (Ya lo veo en estatura.) ¿Y yo? ¿No soy una eminencia? ¡Pues yo debia ocupar una posicion muy alta! Y sin embargo, me tiene usted reducido á vivir en un cuarto quinto.
TIR. ¿Y le parece á usted poco alta la posicion? Desde allí dominará usted al mundo entero.
MET. No, señor; desde allí... soy dominado por todo el mundo. Allí nadie sube; no sube ni el pan. El único que sube todos los dias es el casero.
TIR. ¡Horror! ¡Horror á los caseros!
MET. El casero es la langosta del pobre.
TIR. No señor; hablando técnicamente, el casero es una berruga que le sale al inquilino en la punta de la nariz.
MET. Berruga que sólo se cura con nitrato de plata. (Haciendo seña de dinero.)
TIR. Pero que se reproduce todos los meses.
MET. Hombre, eso no; si se reprodujera tendría yo las narices así!...
ROS. ¡Qué salga el doctor!
TODOS. ¡Que salga!
SAB. Alto, caballeros. El sabio doctor no puede salir en este momento, porque no está en casa.
TODOS. ¿Por qué? ¿Por qué?
SAB. Porque está en un pueblo de la China curando á una señora que se murió hace tres dias.
MET. y TIR. ¡Qué barbaridad!
ROS. Cuéntanos eso, Sabandija. ¡Eh! Acercarse aquí todos.

NERV. (¡Ay! doctor carísimo; cuándo podré verte para alivio de mi jaqueca crónica.)

SAB. ¡Silencio tóo er mundo y atencion!

ROS. ¡Chist! ¡Silencio todo el mundo! Que van á oir ustedes un nuevo milagro de nuestro sabio doctor.

SAB. Caballeros, comienzo.

TIR. (Y va bola.)

SAB.
Pasaba yo hace tres dias
por la verica de un pueblo,
cuando oí á poca distancia
gritos y llanto de duelo.
Como yo soy hombre terne
que no he conocido el miedo,
corrí al lugar de los gritos
muy decidido y resuelto,
por si acaso eran ladrones
ó asesinos ó rateros,
á matar á veintisiete
que hubiera habido allí dentro.

TIR.
(Á ese paso, pronto este hombre
llenaría un cementerio.)

SAB. ¡Llegué!

ROS. ¡Llegó!

SAB. Lo que ví...

ROS. ¡Cuéntalo, dilo sin miedo!

TIR. (¡Qué sería lo que vió!)

SAB.
Pues ví un hombre en el suelo
con el corazon partido,
señores, de medio á medio.
¡Pero no es esto lo grande!

MET. (Eso es bastante pequeño.)

SAB.
Lo grande es que junto á él
estaban catorce médicos,
discutiendo la manera
de curar á aquel enfermo.
¿Qué hubieran ustedes dicho
consultándoles aquello?

TIR. Mi opinion hubiera sido
que enterraran al enfermo.
MET. Y la mia que mandasen
á presidio á aquellos médicos,
si sin permiso del juez
levantaban aquel muerto.
SAB. Pues lo mismito que ustedes
al cabo todos dijeron.
Y despues de estar tentando
el corazon del enfermo,
dijeron: es imposible;
para este hombre no hay remedio.
TIR. ¡No se quedarían calvos
aquellos nuevos Galenos!
SAB. ¡Pero no es esto lo grande!
MET. ¿Hay algo más grande que eso?
SAB. Pues sucedió que llamaron
al célebre farmacéutico...
ROS. Cabal, al doctor Gorrilla.
SAB. Continúa tú, ¡salero!
ROS. El cuyo doctor salió
de esa casa á escape al pueblo,
galopando en un pollino
para despachar más presto.
SAB. En fin, para concluir,
llegó, visitó al enfermo,
y mediante cien mil duros
que le dieron en dinero,
cogió el corazon partido,
le unió con un parche al pecho,
derramó tres específicos
que llevaba de repuesto;
y dijo despues: ¡camina!
Se alzó de un brinco el enfermo;
se echó mano á la cabeza,
tosió, gritó, cantó recio,
y exclamó: ¡Doctor Gorrilla,

á tí la vida te debo!

NERV. Pero ¿eso lo ha visto usted?

SAB. Lo he visto yo,
y yo no miento.

(Bájanse al foro todos menos los doctores.)

TIR. ¿Qué tal? ¿Señor Metacarpio?
¿Qué le parece á usted de eso?

MET. Que no sería Gorrilla
el que curase al enfermo,
sino el burro que llevaba
como único compañero.

ROS. ¡Viva! ¡Ya viene el doctor!

TODOS. ¡Viva!

MET. Tiroides, ¿qué hacemos?

TIR. Estoy tan desesperado
de ver á ese vulgo necio
alabando, exagerando
esos milagros horrendos,
que no sé si tendré calma
para ver á ese podenco
de doctor.

MET. Por charlatan
le abomino, le detesto.

TIR. ¡Yo le daría extrignina!

MET. ¡Yo cualquier otro veneno!

ROS. ¡Miradle todos, miradle!

SAB. ¡Qué ginete más soberbio!

NERV. ¡Y con qué elegancia monta
sobre el cuadrúpedo serio!

ROS. ¡Dejadle paso! ¡Que viva
el Hipócrates moderno!

TODOS. ¡Viva! ¡Viva!

ESCENA II.

DICHOS, GORRILLA.

Suena un toque de corneta y tambor á uso de titiritero, y aparece el Dr. Gorrilla montado sobre un burro. Trae paraguas grande abierto; viste á la moda; grandes patillas.—Tras él vienen victoreándole hombres y mujeres del pueblo; y uno de ellos con un tambor, y otro con corneta.

GOR. (Saludando con ridícula majestad desde su burro.)
¡Gracias, pueblo hidroterápico;
admirador de mi ciencia!
Gracias mil; ¡vosotros sois
el noble pueblo de Atenas,
cuando salía entusiasta
á besar la sacra tierra
donde ponía los piés
aquel genio de la ciencia!
¡Oh! gentes barbilampiñas!
¡Oh! mujeres incorrectas
que mi genio celebrais...
no encuentro palabras huecas
con que poder expresaros
lo que bulle en mi cabeza!
¡Oh! si yo tuviera ahora
la poderosa elocuencia
del gran Atila, ó el rudo
valor y ruda fiereza
del gran Ciceron. ¡Oh, ninfas!
¡Oh dioses!... ¡Oh!... si mi lengua
no puede hallar las palabras
para explanar las ideas,
mis grandes exclamaciones
suplirán á mi elocuencia.
¡Oh! ¡ah! ¡oh! ahaa! chist!
ahaa! (Imitando rebuznos.)

TODOS. ¡Bravo! ¡Bravo! (Aplaudiendo.)

TIR. (¡Ese es el doctor Gorrilla
sin máscara ni careta!)
GOR. Á ver mis admiradores,
pequeña farmacopea,
que divulga mis milagros
por toda la extensa tierra.
Venid á tener la crin
de esta poderosa fiera,
no sea que dé un respingo
y me eche por las orejas.
(Se apea del burro con ridícula gravedad.)
TIR. Señor Metacarpio, ahora
vamos á ver cosas buenas.
MET. Y aún no me ha saludado.
TIR. Dejadle; hácia acá se acerca.
GOR. Ilustre doctor Tiroides,
con usted tengo franqueza,
y voy á pedirle...
TIR. ¿Á mí?
Si no tengo una peseta.
GOR. ¡Peseta! Calle usted, hombre,
en pedir nada ¿quién piensa?
si tengo yo más dinero
que las arcas de la Hacienda.
Cuando tenían, se entiende,
que ahora están de *boqueras*.
MET. Y ¿es posible que haya necios
que le den á usted riquezas?
TIR. ¿Mientras los sabios profundos
perecen en la miseria?
MET. ¡Como yo!
TIR. ¡Y como yo!
GOR. Señores, la Providencia
les habrá dotado á ustedes
de virtudes y de ciencia,
y á fuer de críticos rectos
me censuran y me vejan,

y me tachan de pollino,
charlatan y otras lindezas;
pero vea usted mi cara
rolliza, hermosota, fresca,
y mírense la de ustedes,
esa facha y esa fecha.
Yo tengo en Chinchon dos cásas,
y en ajuste una en Valencia;
ustedes tendrán chichones;
pero casas... ni por esas;
ustedes ¿qué casas tienen?
Bien lo dice su presencia,
la cárcel y el hospital
para acabar su carrera.
Conque señores, hé dicho:
aliviarse; hasta la vuelta! (Váse al foro.)

TIR. Pues señor, nos aplastó.
MET. No, no se muerde la lengua.
TIR. Metacarpio, la venganza
es muy dulce.
MET. Sí; muy buena.
TIR. ¿Vamos á vengarnos?
MET. Vamos.
TIR. Pues la union hace la fuerza.
MET. ¡Venganza!
TIR. ¡Venga esa mano!
LOS DOS. ¡Venganza pide la ciencia!
Juramos que habrá de ser
nuestra venganza completa.

(Estos tres versos los dirán cogidos de la mano derecha á un tiempo.—Vánse del brazo por el foro izquierda.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos METACARPIO y TIROIDES.

GOR. ¡Chico, menea ese bombo!
¡Tararí! Esa corneta.

(Tocan el tambor y la corneta, y sacan una mesa con frascos y botellas de varias clases.)

ROS. Hagan corro, que va á hablar.

SAB. ¡Silencio! ¡Atarse la lengua!

NERV. Voy sintiendo por este hombre una pasion verdadera.

GOR. ¡Aquí están! los célebres y nunca bien ponderados específicos del doctor Gorrilla, el primer farmacéutico del orbe. Se garantiza la vida en casi todos los casos; entiéndase bien, en *casi*, porque es una casualidad que yo pueda resucitar un muerto, por más que sea capaz de levantarle muy serio. Al público le hablo yo; cuanto digo, lo sostengo; y el que por detrás me hiere, es un tipazo, un tipejo... De mil á cincuenta mil duros es el precio de la vida. ¿Quién por tan poco dinero no viene y se expone á ser inmortal?

TODOS. ¡Aquí, aquí, al doctor Gorrilla!

GOR. Ténganlo todos presente: *Nadie se muere hasta que Gorrilla quiere*. Y él que lo dude que venga,—y si está medio muriendo—y desahuciado de todos,—en dándome mil durejos—podrá marcharse más sano—que nuestro apóstol San Pedro.—Desde veinte hasta cien reales valen estos estupendos específicos. Yo soy el autor, señores, venid, daré más pormenores en mi famosa farmacia, asombro del universo, Burro, 6, Doctor Gorrilla.

TODOS. ¡Viva, viva!

ROS. ¡Caballeros, el que quiera un remedio para hacerse amar de una mujer, que venga al doctor Gorrilla!

SAB. ¡Ay Rosario de mis sueños, vale tu pico más oro que Gorrilla y sus ungüentos!

NERV. ¡Doctor Gorrilla! (Se adelanta al proscenio en donde está Gorrilla.)

GOR. ¡Señora!

NERV. Yo me llamo doña Nervios.

GOR. ¡Bonito nombre! Creo haberle oido en el martirologio de la raza canina. Y ¿qué desea usted?

NERV. Curarme de una enfermedad que me mata.

GOR. ¿Está usted ya desahuciada de todos los médicos?

NERV. Ninguno ha podido curarme.

GOR. ¿Qué enfermedad padece usted?

NERV. Padezco dos enfermedades juntas.

GOR. ¡Ah! Vamos, dos enfermedades... pero juntas; ¡caramba, eso es más grave! si no estuvieran juntas!... ¿Y qué enfermedades son esas?

NERV. Dolor de cabeza y amor.

GOR. Sí, comprendido, una enfermedad origina la otra.

NERV. ¿Entónces el amor me origina el dolor de cabeza?

GOR. Eso suele suceder; pero en usted pasa lo contrario. El dolor de cabeza origina el amor.

NERV. ¡Cómo!

GOR. Es natural. Á su edad de usted es preciso tener la cabeza completamente trastornada para amar.

NERV. ¡Insolente! ¿Qué edad tengo yo?

GOR. No se enfade usted, señora.

NERV. ¿Qué edad, vamos, qué edad?

GOR. No sé, señora; pero se me figura que ya no entraría usted en la quinta de treinta y cinco años.

NERV. ¡Insultador! No tengo más que ventinueve y medio.

GOR. Acabemos, señora, usted desea que yo la dé un específico...

NERV. Sí, señor, para curar el amor.

GOR. Pues bien, ahora voy oyendo á todos y pasándolos á mi farmacia, luégo reparto los específicos, y recojo el dinero. Pase usted. (Pasa.)

ESCENA IX.

DICHOS menos DOÑA NERVIOS.

GOR. ¿Hay algun otro? Vamos, pronto, que tengo prisa. ¿Hay más enfermos? Pronto, que se va el tio.

ROS. Yo, señor doctor, yo, que vengo á consultar con usted una cosa que me pasa.

GOR. ¿Qué es ello? Veamos, saca la lengua.

Ros. No señor, si mi enfermedad no está en la lengua. Está aquí.

Gor. ¡Ah! ¿En el pecho? Bueno, luégo le abriremos y veremos lo que hay por ahí. Pasa adentro.

Ros. Es que al mismo tiempo quiero consultar con usted sobre mi prima.

Gor. ¿Sobre tu prima? ¿Qué tiene?

Ros. Tiene los ojos malos y todos los médicos dicen que habrá que arrancárselos.

Gor. ¿Arrancárselos?

Ros. ¡Ya ve usted qué barbaridad! Dicen que tiene *pataratas*.

Gor. Pataratas, eh? No estás tú mala patarata! Bueno, pasa por ahí, que luégo hablaremos.

Ros. ¡Que no tarde usted! (Váse.)

ESCENA V.

GORRILLA y SABANDIJA.

Gor. ¡Á ver, otro! Usted. ¿Qué tiene usted que consultar?

Sab. Pues señor doctor, yo necesito consultarle varias cosas. Me llamo Paquillo Sabandija.

Gor. El nombre no hace al caso, y el apellido de usted ménos, porque lo que sobran en Madrid son sabandijas.

Sab. Si señó, y usted debía inventar un específico pa ellas.

Gor. Por el acento se me figura que es usted andaluz.

Sab. ¿Ya ve usted; nacido en Cádiz...

Gor. ¡En Cádiz!... Pues hijo, yo hubiera jurado que era usted andaluz.

Sab. Pues diga usted, los de Cádiz ¿no semos andaluces?

Gor. No, no lo disputo; será ahora; porque desde la revolucion acá han pasado tantas cosas... Y ademas, no tiene nada de particular que yo no lo sepa, porque encerrado siempre entre mis específicos, no me meto absolutamente para nada en la cuestion de ayuntamientos. Pero vamos al caso. ¿Qué enfermedad tiene usted?

Sab. Yo una muy gorda.

GOR. ¿Á ver el pulso?

SAB. No, si en el pulso no tengo náa.

GOR. Pero sin embargo....

SAB. Mi enfermedad está... aquí.

GOR. ¡Ah! ya, en los bolsillos? Pues entónces abur! Yo llevo lo menos veinte reales; el que no los tenga puede morirse.

SAB. ¡Eso es una crueldad!

GOR. ¡Al contrario! Un favor. Para qué quiere vivir un hombre que no tiene veinte reales?

SAB. Pues oiga usted; la persona que me manda aquí tiene mucha guita; y esa persona es la que desea curarse.

GOR. Eso ya es otra cosa.

SAB. Y yo traigo dinero suyo para comprar los específicos. Está el buen señor, que es mi amo, desahuciado de todos los médicos y veterinarios del mundo; y habiendo leido esos carteles que usted pone en los periódicos, y esas ringleras de versos más largas que una longaniza gallega, me dijo, dice: Sabandija, vete á ver á ese poeta farmacéutico, dile lo que tengo, págale, y que te de un específico.

GOR. ¿Conque está desahuciado de todos los médicos, eh? Pues entónces curará, yo lo aseguro; *yo garantizo la vida por de mil á cincuenta mil duros.* ¿Qué enfermedad tiene?

SAB. Pus tiene, que está cojo hace veinte años de resultas de una coz que le rompió las dos patas de atrás.

GOR. Pues curará. Lo aseguro .. *casi.* Pase usted al depósito.

SAB. ¿Pero diga usted, lo va usted á curar en verso, ó en prosa?

GOR. Allá veremos. (Para matarlo cualquier medio es bueno.)

SAB. Hasta luégo.

ESCENA VI.

GORRILLA.

Héme aquí con más de veinte
víctimas en mi farmacia,
que esperan de mi talento
su curacion pronta, rápida.
Vengan aquí los Du-Barry
con su *Revalentaar ábiga*,
universal panacea
que nos recomienda el Papa,
y al lado de mis ungüentos
será *pápa desahuciada.*
Yo tengo aquí mi consulta,
que si no figura nada,
son todos muy buenos chicos,
aunque tienen mala facha;
médicos que por seis reales
están *siempre en mi farmacia*,
y me firman cien recetas
por un café con tostada.
Es preciso convencerse
de que el mundo es una farsa,
y sólo es feliz aquel
que al son que le tocan baila.
Que chillen los boticarios
y los médicos de fama;
que digan que soy un necio,
un farsante, y un *camama*...
Á mí qué? Si los enfermos
vienen todos á mi casa?
Este mes, de treinta y dos
infelices que curaba,
sólo se me han muerto treinta,
que no es mucho, ¡qué caramba!
Los otros dos... morirán,

pero no en esta semana.
¡Hola! Aquí viene la niña
del cuarto segundo. Vaya,
doctor Gorrilla, prepárate
á resistir sus miradas.

ESCENA VII.

GORRILLA, DOÑA SOL.

SOL. ¡Ah! celebrado doctor,
cansada ya de esperar,
vengo á verle, á contemplar
el objeto de mi amor.
En llama de amor me abraso
y toda mi alma se abrasa;
como usted no va á mi casa,
vengo yo á encontrarle al paso.
Yo deseo á toda costa
que mútua pasion exista;
preséntese usté á mi vista,
que mi amor va por la posta.
En su amor de usted me miro
y en su gran talento adoro;
allá en el Campo del Moro
sólo por usted deliro.
Allí por primera vez
admiré su hermosa faz,
y usted me siguió tenaz
hasta la calle del Pez.
Y tanta es hoy mi pasion,
que por verle á usted, en fin,
estoy todo el dia sin
apartarme del balcon.

GOR. ¡Oh! Doña Sol, ya es notorio
que no es mi dicha ilusoria;
para colmo de mi gloria
me convierto en un Tenorio.

¡Oh! Doña Sol, no podré
jamás echar al olvido
las delicias que he sentido
sólo por amarla á usted.

(Con dramática entonacion.)

Un dia... mi alma se abrasa
al recordar este paso;
el sol se hundía en su ocaso,
yo me colaba en su casa.
Sin que ninguno me viera
por la escalera trepaba;
con ténue luz alumbraba
el farol de la portera.
Subí, y á su débil brillo
miré la puerta de usté;
entusiasmado empecé
á hablar por el ventanillo.
—«¿Está papá? dije yo,
sabiendo que es una fiera
que gasta bigote y pera;
y usted me dijo que no.
¡Qué sublimes emociones
sentimos allí los dos!
Allí el cieguecillo dios
¡cuánto habló á los corazones!...
Usted con su amor sencillo
por el ventanillo hablaba,
y yo... ¡á lo bobo, acercaba
mis labios al ventanillo!...
¡Cuánto amor, dueño adorado!
¡Cuánta delicia y ventura!...
Y en ¡qué difícil postura
me hallaba yo colocado!
Yo pedía á usté un abrazo,
y no bien dijo usted *sí*,
cuando en mi espalda sentí
un soberano estacazo.

viene esa maldita vieja!

ESCOL. (Á la puerta de la farmacia.)
Doctor Gorrilla, ¡ay! me ahogo!
Llama tú, Miche, á esa puerta.

MICHE. ¡Doctor!

GOR. ¡Muy señoras mias!
¿Qué es lo que ustedes desean?

ESCOL. (Se adelantan al proscenio.)
Lo primero echar un pienso
á mi pobre borriqueña,
que ha caminado en un mes
dos mil setecientas leguas.

GOR. ¡Qué atrocidad!

SOL. ¿Pues de dónde vienen?

ESCOL. De muy largas tierras.
¿Verdad, Miche?

GOR. ¿Cómo Miche?
¡parece nombre de perra!

ESCOL. Pues es mi primera dama
de honor, contracamarera
y princesa de *Hum-tom-pif!*

GOR. ¡Gran Dios!

ESCOL. Y yo soy la reina
de *Ma-tin-fan-con-chay-luf!*
en la baja China Célica,
país del te. ¿Verdad, Miche?

MICHE. Sí señora.

GOR. ¿Y qué desean?

ESCOL. Allá en mi palacio tengo
proyectada fiesta régia,
en donde precisamente
debo cantar la primera
en la gran ópera *La
Sonámbula*, y como quiera
que hasta un rincon de la China
su fama de sabio llega
de que lo cura usted todo,

y de que es usté una especia.
GOR. ¡Cómo especia! especie acaso.
ESCOL. Fué un *lapsus linguæ de lengua.*
GOR. ¡Bien! (¡Albarda sobre albarda;
está lucida esta reina!)
ESCOL. Yo vengo á que usted me cure
la enfermedad que yo tenga
en la garganta, y no sé
cómo se llama siquiera....
Pero que voy á cantar.....
¿verdad, Miche? y se me enreda
una voz, que no parece
sino que canta una vieja.
GOR. ¿Conque usted quiere cantar?
corriente; carillo cuesta
el específico mio
para cosas así de esas,
y sobre todo si son
para curar á una reina.
ESCOL. Yo tengo muchos millones,
¿verdad, Miche? Y como reina
le daré á usted un millon
si la medicina es buena.
GOR. ¡Un millon! (Esta merece
un sitio de preferencia.)

ESCENA X.

DICHOS y TODOS, que salen precipitadamente de la farmacia.

TODOS. ¡Aquí está, aquí!
GOR. ¿Qué es esto?
ROS. Que todos nos cansamos de esperar.
SAB. Y venimos por las medicinas.
NERV. Yo tengo prisa.
SAB. Y yo no puedo esperar.
ROS. ¡Ni yo!

TODOS. ¡Ni yo! Ni yo, ni yo!

POR. ¡Basta! Voto á los demonios,
que si me llego á enfadar,
voy á permitir morirse
á toda la humanidad.

TODOS. ¡Ay! no! no! Tenga usted compasion de nosotros!

GOR. ¡Bien! bien, bueno; así me place; sobre todo la humildad. Primero debo atender á esta augusta señora, reina de la China, que está en el grave compromiso de tener que cantar en su palacio. (Se retira á su botiquin.)

ROS. Señores, silencio todos, que está ocupado el doctor.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS y METACARPIO y TIROIDES, con bandeja y corona de ajos en ella.

MET. (Á Escolástica.) Señora, el colegio de farmacéuticos de Inglaterra ha dispuesto coronar al doctor Gorrilla.

TIR. Como premio á su celebridad universal. ¡Hé aquí la corona!

ESCOL. Entiendo; y desean ustedes que yo presida el acto, como reina que soy de la baja China? Perfectamente; pero esta corona... ¡Cielos! es una corona de ajos.

TIR. Que nos envían de Chile.

ESCOL. ¿Pero á los hombres de talento se les corona en España con ajos?

MET. Sí señora; es la última moda.

ESCOL. Respetemos los usos de cada país.

GOR. (Con un frasco.) Señores: aquí verán ustedes el gran milagro que se va á verificar. Mis específicos harán cantar á la reina de la China. Beba usted, señora.

ESCOL. ¿Pero será tan rápida la cura?

GOR. Notará usted alivio en cuanto lo pruebe, y dentro de dos meses cantará usted más que una chicharra.

ESCOL. ¿Á ver qué efecto ha hecho? Voy á probarlo cantando

el coro de príncipes que se estila ¡jem! ¡jem! en mi país. ¡Oh!

MÚSICA.

ESCOL.
Los espíritus,
angélicos... ¡ay! ¡oh!

HABLADO.

GOR. ¡Eh! ¡Chist! Espere usted, señora, cantaremos los dos á duo para que salga mejor la voz; á una, á dos, á tres.

LOS DOS. Los espíritus ange...

TODOS. ¡Bravo! bravo! (Aplaudiendo en cuanto empiezan, y evitan la continuacion del duo.)

GOR. Gracias, gracias.

ESCOL. ¡Doctor Gorrilla! Yo, en nombre de todos los sabios del mundo y como reina de la baja China, voy á colocar la corona de Céres sobre su farmacéutica cabeza.

TODOS. ¡Bravo, bien!

ROS. ¡Viva el doctor Gorrilla!

TODOS. ¡Viva!

GOR. (Al arrodillarse la reina le coloca la corona.) ¡Cielos! ¡Me coronan!

SOL. ¡Voy á tener un esposo coronado! ¡Querido doctor!

GOR. Para tí, vida mia, será mi coronacion un triunfo. ¡Sol de mi vida! ¿nunca me dejarás á la luna?

SOL. Mi amor será tan grande como tu celebridad, y tan sublime como tus específicos.

MÚSICA FINAL.

GOR.
Las medicinas sublímes del doctor
que en las cúspides Garrídicas están,
resúcitan

á los muertos
y lós hacen hablar
Garrídicos, Garrídicos.
La fármacia, la fármacia
está aquí.

—

CORO.

Que baile el tipin,
que baile el tipin,
gurrin, gurrin,
gurran, gurran,
gurrin, gurrin,
gurran, gurran,
gurran, gurran,
gurran, gurran.

—

Doctor Gorrilla
hombre inmortal
que á las historias
ha de pasar.
Esta corona
te habrá de dar
por premio justo
la humanidad.

(La octavilla final se repite, y todos bailan á compás, formando semicírculo, en cuyo centro baila tambien solo Gorrilla, quedando todos en una actitud ridícula.—Cae pausadamente el telon.)

FIN.